



EL POETA, EL FABULISTA Y LOS CRÍTICOS

Miguel Ángel Muro

Título: *Albada y Engranaje*

Autor: José Luis Pérez Pastor

Editorial: CELYA

Páginas: 68

Cosas de la intertextualidad: al amenazarme los amigos de *Fábula* con despedirme si no entregaba en plazo este comentario, se me cruzó la relectura de las fábulas de Iriarte, con sus animalitos moralejantes, y, sin yo pretenderlo, el neoclásico se apoderó de mi pensamiento crítico para guiarlo sin remedio, pautándolo con sus sabias fábulas. Así, en la LVII, "El naturalista y las lagartijas", se ejemplifica la leccioncilla de que "A ciertos libros se les hace demasiado favor en criticarlos": No es el caso; eso ocurre, más bien (más mal) con libros de compromiso, de estos de gentes que dan en confundir la literatura con su lítera dura y obligan a la amistad comentarista a mil sudores; el de estas *Albada y engranaje* lee y hasta estudió filología con la rara virtud de entender que la poesía es un sinvivir con las palabras, a vueltas y revueltas, entendiendo envidioso al Cervantes que se queja de la dificultad soberana de hacer versos; así, se cumple lo que Iriarte pide en "El sapo y el mochuelo" de la fábula LXI, porque se entra el poeta en los "pocos que dan sus obras a luz con aquella desconfianza y temor que debe tener todo escritor"; en efecto, como queriendo cumplir con el consejo horaciano de dejar reposar lo escrito por años, he visto hacerse esta obra aprovechando las señales para navegante (y los cañonazos) que lanzaban los lectores u oyentes, lo mismo las provenientes de jurados que las de los públicos en recitales. Pero no a todos hizo caso, ni fue su ductilidad tanta como para no mostrar criterio: como si hubiera tenido en cuenta la fábula LXXI, donde "El guacamayo y el topo" ejemplifican que "Por lo general, pocas veces aprueban los autores las obras de los otros por buenas que sean, pero lo hacen los inteligentes que no escriben". Y es que hay mucho de verdad en estas leccioncillas, porque la experiencia pone de manifiesto con demasiada tenacidad lo que rezan las fábulas LXXIII, "El mono y el elefante" y, de forma contundente, la XXXV, "El cuervo y el pavo"; la primera enseña que "Muchos autores celebran solamente sus propias obras y las de sus amigos o condiscípulos", y la segunda que "La literatura es la profesión en que más se verifica el proverbio: <<¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio.>> No es mi caso; comienzo por agradecer que *Albada y engranaje* tenga en cuenta lo que pide la fábula LXXVI del canario, "La verruga, el lobanillo y la corcova", que "De las obras de un mal poeta, la más reducida es la menos perjudicial; si eso es así en los malos, bien se ha de entender que en los que no lo son, esa condición de brevedad ha de ser una virtud, y no de las menores; pero no porque evite pérdidas de tiempo, sino porque la brevedad es una de las condiciones fundamentales de la lírica, en correspondencia con la voluntad de atinar con la expresión más adecuada y más rentable (como cazar águilas, que diría Martí). Con ese denominador común y en líneas generales, los poemas de este libro tienen una variedad (ya marcada por secciones) que a la vez que muestra los registros de un poeta, hace ver también que no se decanta por ninguno: ¿tanteos?, ¿búsqueda de un registro propio?, ¿negativa a renunciar a nada? De esta forma, ha de ser el lector (mejor el que no escribe, que quería Iriarte) el que, desprejuiciado, decida qué le satisface más de este muestrario. A mi gusto y saber justo (justito), "Galería de once arcos y un panteón" ya presenta (y bastante maduras) algunas de las características del poeta: las citas y homenajes literarios que remiten (de forma recta o irónica) a una tradición literaria con la que se convive a gusto y con provecho; los cambios de tono a traición, propios del ironista; la forma del soneto, que muestra un apego a la estructura estricta que da tanto como quita, en la medida en que si ofrece una forma y su música y su orden, también exige la pauta ante la que cualquier vacilación o decisión errada resalta sin remedio (en este sentido, entre muchos bien logrados, es discutible el ritmo y la musicalidad de algunos versos). Los "Epitafios" y "Principios de urbanismo" ya son otra poesía, la que vive del ingenio, de dar el giro justo, de atrapar la broma, el guiño: a mí me llegan menos, pero vuelve Iriarte a guiarme en sus consejos para que no haya pendencia: "Muy necio y envidioso es quien afea un pequeño descuido en una obra grande." (XXXVII: "El buey y la cigarra"). En "Albada y engranaje" hay -simplificando mucho-, dos estilos, dos tonos, o dos resultados poéticos diferenciados: uno que tiende a la seriedad, algo arcaizante, con andadura algo espesa ("Albada presentida", "Hacia el mañana, hoy"), y otro -que me tienta más- hecho de mayor sencillez, donde el ritmo va dando una musicalidad continuada, lo mismo para atrapar la ternura ("Anuncio de amor por palabras"), que para dejar un gusto de sabrosa malicia ("Quien lo probó lo sabe"). Quien comenta libros con respeto, difícilmente puede sustraerse al temor de equivocarse y hacer daño, tanto si por elogio excesivo como si por varapalo desmesurado; pero hasta este temblor me quita el buen Iriarte, con su fábula LXXIV, "El río Tajo, una fuente y un arroyo", donde enseña que "Los escritores sensatos, aunque se digan desatinos de sus obras, continúan trabajando." ¡Qué cosa esta de los clásicos y sus animalillos!